

Lavinia SIMILARU
(Universitatea din Craiova) | «El estudiante de Salamanca» de José de Espronceda y el mito de Don Juan

Abstract: ("El Estudiante de Salamanca" by José de Espronceda and the myth of Don Juan) "The student of Salamanca" is a poem that José de Espronceda wrote between 1837 and 1840, in the middle of Romanticism. The literary criticism has emphasized several themes of the poem throughout the years, and the majority of them include a long and glorious literary tradition. We may consider a multiple intertextuality in Espronceda's poetry. The protagonist of the poem is don Felix of Montemar, a young man with the same features as the famous Sevillian seducer, don Juan Tenorio.

The intertextuality of the poem "The student of Salamanca" by José de Espronceda with the myth of Don Juan Tenorio -that originates in "El burlador de Sevilla", a literary work commonly attributed to Tirso de Molina-, is undeniable, and it has been observed immediately by critics. Furthermore, the intertextuality is announced and sought by the author, who describes his hero in this way: "Second don Juan Tenorio, / fierce and insolent soul, / irreligious and brave, / arrogant and quarrelsome: / Always the insult in the eyes, / the irony on the lips, / fears nothing and fully trusts / his sword and value."

There is no doubt that the hero of Espronceda is a romantic Don Juan and can be included in the myth of Don Juan (despite being called Felix, and not Juan). Moreover, the exegetes claim that "The student of Salamanca" by José de Espronceda had a significant influence on the romantic drama "Don Juan Tenorio" by Jose Zorrilla (1844).

Keywords: Espronceda, Don Juan, Spanish Literature

Resumen: *El estudiante de Salamanca* es un poema que José de Espronceda escribió entre 1837 y 1840, en pleno Romanticismo. La crítica ha destacado a lo largo de los años varios temas del poema, y la mayoría de estos temas abarcan una larga y gloriosa tradición literaria. Se puede hablar de una intertextualidad múltiple del poema de Espronceda.

El protagonista del poema es don Félix de Montemar, un joven con las características del famoso seductor sevillano don Juan Tenorio.

La intertextualidad del poema *El estudiante de Salamanca* de José de Espronceda con el mito de Don Juan Tenorio -que se origina en *El burlador de Sevilla*, obra atribuida comúnmente a Tirso de Molina-, es innegable, y ha sido observada inmediatamente por la crítica. Además, dicha intertextualidad es anunciada y buscada por el autor, quien describe a su héroe de esta manera: "Segundo don Juan Tenorio, / alma fiera e insolente, / irreligioso y valiente, / altanero y reñidor: / Siempre el insulto en los ojos, / en los labios la ironía, / nada teme y todo fia / de su espada y su valor."

No hay duda de que el héroe de Espronceda es un Don Juan romántico, y puede ser incluido en el mito de Don Juan (a pesar de llamarse Félix, y no Juan). Además, los exegetas aseguran que «El estudiante de Salamanca» de José de Espronceda influyó bastante el drama romántico «Don Juan Tenorio» de José Zorrilla (1844).

Palabras clave: Espronceda, Don Juan, literatura española.

1. El mito de Don Juan

Jean Rousset empieza su libro "Le mythe de Don Juan" preguntándose –e incitando al lector a hacerse la misma pregunta- si se puede hablar de Don Juan como de un mito, y advierte que no es nada fácil contestar, ya que hay razones que lo excluyen de los mitos, y razones que lo incluyen en ellos. Además, Jean Rousset no puede dejar de observar que la noción misma de mito es bastante ambigua.

Para Lluís Duch tampoco está más clara la etimología de la palabra griega *mythos*, y después de pasar revista a las definiciones propuestas para el mito a lo largo de la historia de la cultura humana, concluye: "No es posible definir el mito de una vez y para siempre

porque su «esencia» se da en un proceso de continuadas reinterpretaciones, las cuales, paralelamente, conllevan una constante «desmitologización» o, si se prefiere, una contextualización histórica que integra o, por lo menos lo intenta, los diversos datos que intervienen en el ámbito vital del intérprete” (Duch 1998, 56).

El concepto de mito ha sufrido una miríada de metamorfosis durante los siglos, hay que admitirlo. A mediados del siglo pasado, Roland Barthes, estudiando el lugar del mito en la sociedad contemporánea, sugiere una respuesta basada en la etimología de la palabra: „Le mythe est une parole. [...] Naturellement, ce n'est pas n'importe quelle parole: il faut au langage des conditions particulières pour devenir mythe. [...] Mais ce qu'il faut poser fortement dès le début, c'est que le mythe est un système de communication, c'est un message. On voit par là que le mythe ne saurait être un objet, un concept, ou une idée; c'est un mode de signification, c'est une forme. Il faudra plus tard poser à cette forme des limites historiques, des conditions d'emploi, réinvestir en elle la société”. (Barthes 1957, 7). Mircea Eliade en su *Mito y realidad* plantea también el papel del mito en nuestra época, la relación del mito con los medios de comunicación etc., y constata que las emocionantes novelas policíacas no son más que versiones modernas de la lucha entre el Bien y el Mal; los héroes de los adolescentes de hoy, como Superman vienen de los remotos héroes mitológicos.

Don Juan no es un mito ancestral, clásico, que trate de explicar el origen del mundo, sino un mito literario, y Jean Rousset encuentra razones para incluirlo en la categoría de los mitos.

Don Juan es el protagonista más fascinante y más universal que han engendrado los corrales de comedias en España. Conserva sus cualidades a pesar del tiempo implacable, y sigue inspirando a los creadores, representantes de varias artes, puesto que ni siquiera los directores de cine de nuestra época han podido resistir a su eterno encanto. El misterio que lo envuelve no hace más que atraer y despertar inquietudes modernas.

El nacimiento de Don Juan se produjo en la comedia de principios del siglo XVII *El burlador de Sevilla*, atribuida comúnmente a Tirso de Molina, un fraile de la Merced con preocupaciones literarias censuradas por su orden, un autor igual de fascinante y de enigmático que su héroe. Esta comedia ha provocado siempre asombro y ha planteado preguntas, ya que la leyenda, las incertidumbres y las dudas crean a su alrededor una capa que los tiempos venideros no conseguirán disipar, por más que avance el progreso científico. Es desconcierto es causado sobre todo por la ausencia de la obra en las cinco partes de las obras de Tirso de Molina publicadas entre 1627 y 1636. Figura, en cambio, en *Doze comedias nuevas de Lope de Vega Carpio y otros autores*, publicadas en Barcelona después de 1630. Alfredo Rodríguez López-Vázquez menciona que la obra ha sido atribuida también a autores como Andrés de Claramonte (cuya autoría defiende), Lope de Vega y Calderón de la Barca. Las cosas no resultan en absoluto más claras en cuanto a la fecha de publicación del *Burlador*. Se ha hablado de 1620, pero también de 1616, 1618, o incluso 1625, años en que Tirso viajó a Sevilla, y hay documentos fidedignos que lo aseguran. En 1878 se descubrió la variante *Tan largo me lo fiáis*, que indica como autor de la obra a Calderón de la Barca, lo que desencadenó una vehemente e interminable polémica entre los historiadores y críticos literarios españoles, hispanistas etc. No se ha podido dilucidar la anterioridad de alguna de las dos variantes, y, para aclarar las diferencias que hay entre ellas, Alfredo Rodríguez López-Vázquez propone dos explicaciones: una de ellas se debe a un memorista fraudulento, o unos actores trataron de rehacer la obra cuando la compañía se había disuelto ya, y cada uno recordaba las réplicas que había pronunciado en el escenario. (El memorista

fraudulento era la persona encargada de asistir a las representaciones de una compañía, para memorizar los versos de la comedia, y de esta manera robársela a la compañía rival).

Don Juan es un joven calavera, que no respeta nada y a nadie, infringe las leyes humanas y divinas, y deshonor a varias mujeres (muchas veces por engaño, bajo identidad ajena, usurpando en la cama de la doncella el sitio del prometido oficial), es impecable espadachín, y mata en duelo a varios hombres, entre los cuales está de costumbre el padre de una de las mujeres burladas. Al final, este padre ofendido vuelve del mundo del más allá para vengarse, y para hacer que se cumpla la justicia divina.

Si el comienzo es titubeante, la larga carrera de Don Juan es gloriosa: muchísimos autores le han dedicado obras de teatro, novelas, poemas, óperas, películas a lo largo del tiempo. Y, de alguna manera, Don Juan cambiará de piel. El primer autor no parece haber intuido el gran destino de Don Juan como seductor –esto es más bien lo que quiere ver en el héroe la mentalidad moderna–, el padre espiritual de Don Juan a lo mejor pensó crear un gran pecador, y despertar el miedo de su público a la ira de Dios; quería solamente educar a su público, y no vio en Don Juan más que un pecador empedernido, que no se salva de recibir su castigo en el desenlace de la obra. En el siglo XIX, Soren Kierkegaard sugerirá en su obra *La alternativa* que la palabra “seductor” no cuadra con Don Juan. Y no será el único en advertirlo. Tenemos que admitirlo: Don Juan, al menos el primer Don Juan, el de *El burlador de Sevilla*, no lo es. Consigue engañar a cuatro mujeres, y a tres de ellas les quita su tan estimado honor (a la cuarta no logra quitárselo, porque interviene el padre de la joven y la defiende). Dos de ellas son nobles, Isabela y doña Ana, y dos pobres, Tisbea y Arminta. A las nobles les hace creer que es el prometido que ellas esperan, y a las pobres les promete matrimonio. Ninguna de ellas sucumbe ante los encantos de Don Juan, ninguna de ellas se enamora del héroe. Pero más tarde Don Juan se convertirá en lo que conocemos hoy en día de él: será un seductor.

2. José de Espronceda y *El estudiante de Salamanca*

José de Espronceda es un ilustre representante del Romanticismo español, cuya vida y actividad literaria queda resumida perfectamente en estas líneas de la *Breve historia de la literatura española*: “El gran poeta de esta época (y algo más) fue, sin duda, José de Espronceda, cuya corta vida se confundió desde un principio con la leyenda romántica: conspirador adolescente con los Numantinos, huido muy joven de España, emigrado en Londres, seductor de Teresa Mancha y abandonado por ella, posible participe en los sucesos parisinos de 1830...” (Alvar *et al.* 2007, 499).

Fue conspirador, agente secreto, diplomático, político, y por encima de todo, poeta. El mejor poeta romántico español. Robert Marrast estima que Espronceda “es el único escritor de su generación que, después de haberse conformado con el academicismo neoclásico, y luego durante corto tiempo, con el romanticismo histórico-nacional, encaminará a la poesía española en la vía del cuestionamiento social y político, a la vez que expresará la profunda inquietud moral, el desengaño, el «mal del siglo» propios del titanismo romántico europeo”. (Marrast 1995, 65).

Refiriéndose a José de Espronceda, Angel del Río destaca “su poesía ardorosa y su liberalismo y su aura de rebelde byroniano, un perfil arrogante, que en la España ecléctica de mediados de siglo, parece la quintaesencia del más ardoroso romanticismo” (Del Río 1982 II 189).

No cabe duda de que el poeta es un espíritu aventurero y pasional, como era de esperar de un gran romántico. Raptó a Teresa Mancha cuando ella estaba casada con otro hombre, y no fue la única historia de amor vivida por el poeta. No es extraño que se sienta

atraído por la figura de Don Juan, que mientras tanto sí se había vuelto seductor. Además, los protagonistas de Espronceda suelen ser hombres orgullosos, desafiantes y muchas veces rechazados por la sociedad. Para Espronceda, la poesía “ya no es un juego o un ejercicio retórico, sino un nuevo medio de denunciar las taras, los defectos, los vicios de la sociedad y de los hombres, a fin de que sus contemporáneos tomen conciencia de ellos” (Marrast 1995, 69). Como dice Angel del Río, el poeta “vive, pues, la triple embriaguez romántica del amor, la libertad y la patria” (Del Río 1982, II 189), pero es “en el fondo un hombre de temperamento sano, no enfermizo ni de drama interior intenso. Estaba hecho para amar la vida” (Del Río, 1982: II, 190). Angel de Río compara a Espronceda con los demás románticos, para precisar sus rasgos: “En el romanticismo español no tiene ni la inadaptación radical de Larra, ni el pintoresco juglarismo de Zorrilla, ni la honda melancolía de Bécquer en la generación siguiente. Les superó, en cambio, en otras cualidades” (Del Río 1982, II 190).

El estudiante de Salamanca es un poema en cuatro partes que José de Espronceda escribió entre 1837 y 1840, en pleno Romanticismo. La crítica ha destacado a lo largo de los años varios temas del poema, y la mayoría de estos temas abarcan una larga y gloriosa tradición literaria. Los exegetas han observado también una intertextualidad múltiple del poema de Espronceda.

El estudiante de Salamanca es una síntesis del lirismo de Espronceda, ya que “contiene todos los temas del mundo lírico de Espronceda –aventura, amor, rebeldía, individualismo, satanismo, muerte- y una variedad de técnica poética que hace de su autor un verdadero virtuoso del verso” (Del Río 1982, II 191). Roberto Marrast considera que *El estudiante de Salamanca* “es único en su género en la literatura española”, puesto que “el tema del amor insatisfecho prelude otro tema más importante: Félix es el espíritu libre, el héroe titánico. Con él Espronceda escarnece la moral tradicional de la literatura edificante española, y no teme enfrentarse a Dios” (Marrast 1995, 70).

El protagonista del poema es don Félix de Montemar, un joven con las características del famoso seductor sevillano don Juan Tenorio.

La primera parte del poema está dedicada al protagonista. En los primeros versos del poema, “Espronceda se esfuerza en crear un ambiente tenebroso, siniestro, para presentar a los personajes; juega con una serie de elementos románticos, con una técnica pictórica preferentemente tenebrista” (Varela Jácome 1990, 38). El paisaje consta de torres de iglesias, y un castillo gótico, tras cuyas almenas altas “canta o reza acaso / temeroso el centinela”, mientras la ciudad se vuelve tumba “de sus dormidos vivientes”, el viento silba lúgubre, arrancando “misteriosos sonidos” de la campana de “alguna arruinada iglesia”, adonde parecen acudir brujas y “pavorosas fantasmas”. En esta atmósfera tétrica se oye el crujir metálico de dos espadas, seguido por “un ¡ay! de alguno que al mundo / pronuncia el último adiós”. Don Félix acaba de matar en duelo a algún adversario, y Espronceda enumera los rasgos de su héroe, logrando “el mejor retrato de un héroe romántico en la poesía castellana, síntesis de la arrogancia españolísima de todos los don Juanes, reforzada por la cínica irreverencia byroniana y por la simpatía que Espronceda siente por su héroe” (Del Río 1982, II 191). Después el autor describe a “la triste Elvira”, la que fue “amor del estudiante un día”.

La protagonista de la parte segunda es Elvira, ya que el poeta narra de manera retrospectiva sus amores con el estudiante. Esta parte empieza con un espléndido cuadro nocturno, con claro melancólico de luna, luceros, y luz que parece “transparente gasa”. Elvira evoca su amor perdido, y a veces “Dulces palabras con amor murmura: / Piensa que escucha al pérfido que amó”. La joven está loca –los exegetas han destacado su parecido con

Ofelia, la novia de Hamlet-, pero recupera –igual que don Quijote- su cordura antes de morir: “Mas despertó también de su locura / al término postrero de su vida, / y al abrirse a sus pies la sepultura, / volvió a su mente la razón perdida”. Elvira se muere de amor, pero antes de expirar le escribe a don Félix una entrañable carta, perdonándole.

Si la segunda parte del poema parece una pintura al pastel acabada en un tono elegíaco, la tercera parte irrumpe llena de movimiento, a pesar de que raramente se oye algún ruido: “Reina profundo silencio, / sin que lo rompa jamás / otro ruido que el del oro, / o una voz para jurar”. Seis hombres están jugando a los naipes en una “estancia infernal”. A los jugadores se une pronto don Félix, que llega a jugar, entre otras cosas, el retrato de una bella dama. Entra un hombre muy sombrío: “Pálido el rostro, cejjunto el ceño, / y torva la mirada, aunque afligida, / y en ella un firme y decidido empeño / de dar la muerte o de perder la vida”. Es don Diego de Pastrana, hermano de Elvira, y viene a vengar su muerte. Don Félix no sabía que Elvira se había muerto, pero recibe la noticia con frialdad e indiferencia, hasta se burla de la desgracia de la mujer que le había amado tanto.

La cuarta y última parte empieza revelando el desenlace del duelo: “Vedle, don Félix es, espada en mano, / sereno el rostro, firme el corazón; / también de Elvira el vengativo hermano / sin piedad a sus pies muerto cayó”. Inmediatamente después, el héroe persigue con ímpetu a una mujer velada, por la “calle fatal del Ataúd”, para presenciar un doble entierro, el de don Diego de Pastrana, y el suyo propio. Don Félix se niega a creer en su muerte, y sigue a la mujer, que le lleva con ella al mundo del más allá. Al descubrir su rostro, don Félix comprobará que la mujer velada es el esqueleto de Elvira.

3. *El estudiante de Salamanca* de José de Espronceda y el mito de Don Juan

La intertextualidad del poema *El estudiante de Salamanca* de José de Espronceda con el mito de Don Juan Tenorio, es innegable, y ha sido observada inmediatamente por la crítica. Además, dicha intertextualidad es anunciada y buscada por el autor, quien describe a su héroe de esta manera: “Segundo don Juan Tenorio, / alma fiera e insolente, / irreligioso y valiente, / altanero y reñidor: / Siempre el insulto en los ojos, / en los labios la ironía, / nada teme y todo fía / de su espada y su valor.” Don Félix de Montemar se dedica, igual que Don Juan Tenorio, a burlar mujeres, quitándoles la honra, y dejándolas al día siguiente: “Corazón gastado, mofa / de la mujer que corteja, / y, hoy despreciándola, deja / la que ayer se le rindió”. Es igual de despreocupado que Don Juan Tenorio, no piensa en el futuro, gasta a manos llenas la fortuna de su padre, y abandona sin contemplaciones a las mujeres: “Ni el porvenir temió nunca, / ni recuerda en lo pasado / la mujer que ha abandonado, / ni el dinero que perdió”. Don Félix tiene el mismo carácter de Don Juan, y las mismas pasiones, o, mejor dicho, bajas pasiones. Igual que su ilustre antepasado, don Félix reta a los hombres y los mata en duelo, sin temer la justicia divina: “Ni vio el fantasma entre sueños / del que mató en desafío, / ni turbó jamás su brío / recelosa previsión”. Además, le gusta también el vino, y se complace con las noches de orgías: “Siempre en lances y en amores, / siempre en báquicas orgías, / mezcla en palabras impías / un chiste y una maldición”. Don Félix es igual de valiente que Don Juan, nunca teme al desenvainar la espada, jamás piensa que podría morir, está siempre seguro de vencer a su adversario. A don Diego, el hermano de Elvira, le dice: “Es un puro disparate / empeñarse en que yo os mate; / lo digo, como lo siento”.

Los dos héroes son jóvenes, apuestos, e insensatos, viciosos y arrogantes.

Si Don Juan es “el burlador de Sevilla”, conocido como tal en su ciudad natal y temido por todos los padres y los prometidos de doncellas honradas, don Félix no tiene menos fama en su Salamanca: “En Salamanca famoso / por su vida y buen talante, / al

atrevido estudiante / le señalan entre mil; / fuero le da su osadía, / le disculpa su riqueza, / su generosa nobleza, / su hermosura varonil”. Si Don Juan se muestra siempre orgulloso de su fama de burlador, y la defiende a toda costa, lo mismo hace don Félix. Al perseguir en la noche a la dama velada, le dice: “y perdonadme, señora, / si hay en mi empeño osadía, / mas fuera descortesía / dejaros sola a esta hora: / y me va en ello mi fama, / que juro a Dios no quisiera / que por temor se creyera / que no he seguido a una dama”.

Igual que Don Juan, Don Félix no teme la ira divina, y se burla de las advertencias que recibe de los demás personajes. Elvira le aconseja “Idos, caballero, ¡no tentéis a Dios!”, y Don Félix le contesta “si Dios se enoja, pardiez que hará mal”, y después le pide “Basta de sermón”.

A pesar de su valor, Don Félix siente pavor, al menos un instante, al presenciar su propio entierro: “Él mismo, su imagen, su misma figura, / su mismo semblante, que él mismo era en fin: / y duda y se palpa y fría pavura / un punto en sus venas sintió discurrir”. En la iglesia, hablando con la estatua del Comendador muerto, y escuchando la canción de los espectros, Don Juan dice en el *Burlador*: “Un yelo el pecho me parte”. Los dos héroes tienen la misma actitud ante la muerte.

El ambiente nocturno y aterrador, creado por Espronceda para turbar al lector, recuerda mucho la igualmente aterradora cena del *Burlador* y de las demás obras clásicas que pertenecen al mito de Don Juan, cuando Don Juan acepta la invitación del Comendador muerto, y va a la iglesia.

La única víctima de Don Juan aquí se llama Elvira, y este nombre tiene mucho que ver con el mito de Don Juan. Es el nombre de la tierna esposa legítima del protagonista en la obra de Molière. Además, los rasgos de esta Elvira española –según Angel del Río “pureza, inocencia, tintas suaves, dulces, apagadas, en contraste bien estudiado con el vigoroso del protagonista” (Del Río 1982, II 194)- son los mismos rasgos de la heroína del escritor francés. Espronceda la describe como “ángel puro de amor que amor inspira, / fue la inocente y desdichada Elvira”.

Jean Rousset en su *Mito de Don Juan* afirma que todas las obras cuyo protagonista es el burlador sevillano comparten una misma estructura, que consta de tres elementos: el inconstante, el grupo femenino, y el muerto. El inconstante es el héroe, cuyo amor dura hasta el alba. El grupo femenino abarca a varias mujeres, cuyo número es variable, todas víctimas de Don Juan. El muerto es el padre de una de ellas, es matado por Don Juan en duelo, y vuelve como instrumento de la justicia divina, para castigar al pecador, y para vengar su propia afrenta. Este muerto se lleva a Don Juan al infierno. (Pero en alguna versión falta la relación entre el segundo y el tercer elemento, como por ejemplo en la obra de Molière, donde ninguna mujer es hija del Comendador).

En el poema de José de Espronceda podemos destacar sin duda todos los elementos de la estructura propuesta por Jean Rousset. El inconstante es don Félix de Montemar, y el grupo femenino existe, pero reducido a Elvira. En cuanto al muerto, esta vez no es el padre, sino el hermano de la víctima.

No hay duda de que el héroe de Espronceda es un Don Juan romántico, y puede ser incluido en el mito de Don Juan (a pesar de llamarse Félix, y no Juan). Además, los exegetas aseguran que *El estudiante de Salamanca* de José de Espronceda influyó bastante el drama romántico *Don Juan Tenorio* de José Zorrilla (1844), y es cierto que tienen muchas cosas en común, como el entierro del héroe que él mismo contempla, el perdón que la mujer –Elvira y doña Inés, respectivamente- concede al héroe, o la unión de los amantes en el otro mundo.

Fernando Díaz-Plaja tiene razón en decir que “el creador del Don Juan romántico fue Espronceda y no Zorrilla” (Díaz-Plaja 2000, 102). Y también tiene razón Fernando Díaz-Plaja en destacar que don Félix no se arrepiente de sus pecados, como lo hace siempre Don Juan: “No, don Félix no se arrepiente de sus pecados ni de su vida anterior ni siquiera ante la seguridad de la muerte y se niega a aceptar el momento en que pueda pedir perdón. No sólo es el primero que tal hace: es el único en toda la tradición donjuanesca. Como vivió, murió y Lucifer, al llevárselo, según la leyenda, sonreiría orgulloso de su pupilo” (Díaz-Plaja 2000, 120).

Referencias bibliográficas

- Alvar, Carlos, Mainer, José Carlos, Navarro, Rosa. 2007. *Breve historia de la literatura española*. Madrid: Alianza editorial.
- Barthes, Roland. 1957. *Mythologies*. Paris: Éditions du Seuil.
- Díaz-Plaja, Fernando. 2000. *El «Don Juan» español*. Madrid: Ediciones Encuentro.
- Duch, Lluís. 1998. *Mito, interpretación y cultura*. Barcelona: Herder.
- Espronceda, José de. 1990. *El estudiante de Salamanca*. Madrid: Cátedra, Letras hispánicas.
- Marrast, Robert. 1995. “Un romántico ejemplar: Espronceda”, in Jean Canavaggio (coord.), *Historia de la literatura española*, Tomo V, *El siglo XIX*. Traducción del francés de Juana Bignozzi. Barcelona: Ariel, pp. 65-71.
- Molina, Tirso de. 1992. *El burlador de Sevilla*. Madrid: Cátedra, Letras Hispánicas.
- Río, Angel del. 1992. *Historia de la literatura española*. Barcelona: Bruguera.
- Rodríguez López-Vázquez, Alfredo. 1992. “Introducción”, in Tirso de Molina. *El burlador de Sevilla*. Madrid: Cátedra, Letras Hispánicas, pp. 7-52.
- Rousset, Jean. 1990. *Le mythe de Don Juan*. Paris: Armand Colin Éditeur.
- Varela Jácome, Benito. 1990. José de Espronceda. 1990. *El estudiante de Salamanca*. Madrid: Cátedra, Letras hispánicas, pp. 9-47.